

INSTITUCIONES DESAFIADAS. SUBJETIVIDADES JUVENILES: TERRITORIOS EN RECONFIGURACIÓN

▪ Rossana Reguillo Cruz ▪

El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos

Jorge Luis Borges

La pregunta en torno a los jóvenes adquiere, en los horizontes latinoamericanos, un carácter de urgencia. Por la vía de los hechos, los procesos de exclusión creciente en el contexto de un feroz neoliberalismo global están condenando a la pobreza y a la “inviabilidad” a millones de jóvenes. Hoy sabemos, por ejemplo, que en el mundo hay 88 millones de jóvenes sin empleo, lo que representa el 47% en el total de desempleo, y que la probabilidad de no tener trabajo es de 3.8 para los jóvenes de los países en desarrollo (OIT, 2004).

A partir de la segunda mitad de la década de los ochenta, los datos empezaron a cambiar; primero de manera imperceptible hasta que, a finales de los noventa, las evidencias eran incontestables: el 27% de los pobres en Latinoamérica son jóvenes y son también jóvenes el

23% de los extremadamente pobres. En números absolutos, en 2002, en la región, había 58 millones de jóvenes pobres (7 600 000 más que en 1990), de los cuales 21 millones 200 mil eran pobres extremos o indigentes (800 mil más respecto a 1990). Argentina, Brasil, Colombia, El Salvador y México presentan una incidencia del 50% en pobreza de jóvenes, problema que se agudizó de manera alarmante en Argentina y Venezuela (CEPAL, 2004).

Entre los jóvenes de 15 a 19 años, el 14.3% de ellos trabaja y estudia, el 20.3 sólo trabaja, el 47.2 únicamente estudia y el 18.2 no estudia ni trabaja. Entre los que van de los 20 a los 24, 10.6% trabaja y estudia, 48.1% solo trabaja, 14.6 solo estudia y 26.8 no estudia ni trabaja. Y en un dato pasmoso, la CEPAL (2004) documenta que el 46.4% de los jóvenes de 20 a 24 años en la región no tiene ingresos.

De los jóvenes urbanos, el 80% proviene de hogares donde los padres cuentan con un capital escolar insuficiente para acceder al bienestar, lo que tiende a reproducir las desigualdades y la exclusión educativa. Se dice que “las oportunidades educativas quedan determinadas por el patrón de desigualdades prevaleciente en la generación anterior” (*ibid.*: 176). La diferenciación por niveles socioeconómicos es clave y se agudiza a mayores niveles educativos: por ejemplo, mientras en el Gran Buenos Aires la diferencia entre la cobertura de educación primaria para jóvenes de 15 a 29 años de edad, entre el sector más pobre y el sector más rico, era en 2002 del 10%, la diferencia en la cobertura de educación secundaria, era del orden del 40% (con aproximadamente el 17% de cobertura para el sector más pobre y el 75% para el más rico). Esta situación se reproduce en México, se agrava en Brasil y El Salvador y mejora ligeramente en Colombia.

En especial en el caso de México, a través de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), hemos podido detectar claramente la configuración de dos juventudes, de dos países, de desigualdades profundas en la lla-

mada condición juvenil. La primera, a la que siguiendo a Néstor García Canclini (2004), quisiera llamar “desconectada y desigual”, cuenta con escaso o nulo acceso a servicios de salud (el 49.8% de los jóvenes no tiene acceso a ningún servicio de salud), a garantías laborales (el 71.8% no tiene un contrato en su primer trabajo), cuyos reclamos se inscriben en una lógica absolutamente estructural, aspiraciones elementales de justicia social y bienestar.

La segunda es aquella juventud bien ubicada en lo que toca a la conectividad y el acceso a satisfactores fundamentales como educación, empleo, salud. ¿Dos Méxicos, dos juventudes? Los datos parecen confirmarlo y señalar la dramática brecha que se abre entre unos y otros. Esta situación se complejiza ante la constatación del desfase, generalizado, entre sus temores y críticas y la poca posibilidad percibida de acción en la esfera pública; el desinterés en “la política” y el desconcierto frente a “lo político”, manifestado por la mayoría de los jóvenes, aunque pueda leerse de manera transversal, es decir, como una situación común a todos los jóvenes, sin embargo tiene implicaciones distintas para unos y para otros. Sus preocupaciones y aspiraciones parecen no encontrar ámbitos institucionales de expresión o canalización, lo que no es una consideración menor, porque esta falta de “representación” de la voz juvenil implica, para los más desprotegidos y desfavorecidos, una ausencia de mecanismos institucionales que favorezcan y garanticen su incorporación social. Lo que quiero enfatizar es que la desesperanza y el descrédito compartidos por muchos jóvenes tienen alcances y rostros distintos según el lugar que se ocupa en la estructura social.

Y podríamos seguir documentando la crisis, pero más allá del dato estadístico, la dimensión estructural se constituye en plataforma, marco, límite, lógica y frontera en la construcción de las biografías juveniles. De manera especial, hay que señalar la relación profunda

entre esta situación estructural y el protagonismo creciente de muchos de los jóvenes en el escenario de violencias sincopadas y caóticas, que a su vez provocan respuestas sociales e institucionales de carácter cada vez más inmediatista y autoritario, lo que deriva en una demonización de los jóvenes, especialmente de los sectores populares.

En este escenario hay tres ejes que no es posible eludir en cualquier intento —serio— de pensar las subjetividades juveniles, sus procesos de construcción identitaria y sus posicionamientos frente al mundo:

- a) los procesos de precarización-informalización de las dinámicas, circuitos e imaginarios juveniles,
- b) el repliegue del Estado social y el fortalecimiento del Estado punitivo,
- c) el descrédito de las instituciones modernas —como la escuela y los partidos políticos, los sindicatos, las “empresas”— como garantes de la incorporación, de socializaciones “exitosas”.

Estas dimensiones se encuentran ampliamente documentadas a través de distintos instrumentos, tanto cuantitativos como cualitativos, cuyo impacto en la construcción de identidades juveniles es diferencial según el lugar social que los jóvenes ocupan en la estructura social.

Dada la gravedad de la situación que enfrentan millones de jóvenes que habitan en las zonas de exclusión agudizadas por el capitalismo tardío, voy a centrar mi análisis y reflexiones en ellos.

1. Biografías emergentes

Karla es una “gótica” o, más bien aclara, es una “darki-industrial; entró a la movida cansada de la escena “industrial” que ya no le gustaba. Antes estuvo entre los *punks* y antes de eso (“uy, hace

mucho”), dice, era una estudiante de preparatoria. De riguroso negro, los labios pintados de morado, Karla trabaja de cajera en una zapatería en el centro, “porque no hay de otra”, y ahí no se la hacen de tos con su *look* (un arete le perfora la nariz y otro la ceja, y su palidez un poco ficticia, es llamativa); aunque advierte que para “cajerear” se quita el de la ceja, que es el que más saca de onda a los patrones y a los clientes. Hija menor de una familia de cinco hermanos, donde todos le “entran parejo al jale” (dos de los hermanos está en los “iunaites” y mandan la lana puntualitos, “es buena banda”), estudió hasta la prepa, que no terminó porque su familia no pudo sostenerla más y además “porque no sirve para nada, es una pendejada, la escuela es para los riquillos, añade convenida, mientras da una larga fumada a su cigarro sin filtro. Karla vive en una vecindad, en una casa con dos cuartos con sus papás, tres hermanos y la esposa y el bebé de un año de uno de ellos; el barrio donde está la vecindad es muy “caliente” y no pasa un día sin que la “pinche tira”, entre a joderse a los chavitos. Por el tiempo en que la entrevisté leía fascinada a William Blake, a quien descubrió entre sus amigos góticos, y su grupo de música favorito era “Love it’s colder than death”. Estaba pensando en limarse los dientes, pero la neta es “que esta ciudad no aguanta esas ondas y no hay quién te dé trabajo, si te pasas de raro”.¹

Los años de pandillero le causaron a Fredi problemas serios con la tía Amparito. Esa familia que le dio de comer y modos para estudiar se había hecho fuerte, pero entre cuidar al primo *down* y perseguirlo para que no abandonara la escuela como sus amigos, la mujer tenía cansancio moral de sostenerlo. A él le daba culpa, pero nada lo haría

1. Entrevista realizada en 2002.

dejar la mara, aún si tenía que afrontar el vacío. Esa atención extra que se ganaba con lógica y razón el primo bobo era la que él no terminaba de tener. Sus amigos de la mara le habían puesto al primo “el *subwoofer*” —por la manera de sonar cuando lloriqueaba— y él, con cariño, porque al fin y al cabo siempre lo quiso, lo defendía de las bromas más pesadas. Cuando la migra lo agarró, el *subwoofer* estaba enfermo; tenía una pulmonía que no dejaba dormir a la tía. Ella ya no le perdonaba que dejara la escuela. Se la pasaba con la mara, bien loco, con unos tonchos de californiana, y empezó a hacerle también a la coca. “Total que andaba yo bien distraído y ahí nos agarraron, al Sapo, al Jenja Motroco y a mí. Veníamos de cobrarle sangre a los Ñetas y nos agarran”.

— ¿De dónde eres?

— American Citizen.

Pasó dos meses en la cárcel, que era como un hospital de limpio y como una tumba de cerrada. Le tocó un abogado chicano. Él, que conste, con los chicanos, nada. Se entendieron muy bien, consiguió que lo mandaran a El Salvador con todo y su haina.

“El día que salí de ‘Elei’, hasta chillé, de pura tristeza, de coraje. La mera neta era mi país, mi casa. Pico Union era mi barrio; la mara, mi familia. No pude despedirme de nadie. Y así llegué yo a San Salvador, con 120 dólares, mi haina embarazada, sin hablar español y unas direcciones que mi tía Amparito me escribió en una servilleta que mandó con una vecina”.

La llegada fue con prensa. Eran él y varios más, eran parte de una oleada. Volaban en grupos y así los iban reubicando, a algunos les armaban expedientes y condena. A otros como él los obligaban a reportarse tres veces a la semana en una comisaría.

“Se corrió la voz y ya pronto vinieron a buscarme los MS, con desconfianza primero, pero en las primeras misiones me les probé que era yo un bato firme y cabal. Además, los tatús no saben mentir, son una señal muy fuerte, haga de cuenta que como un pasaporte o un acta de nacimiento”.

En la mara lo deslumbró un personaje salido de la mitología maya, un guerrero bien indio que se llamaba el Cakchiquel. Era de Comalapa y estaba bien loco y acelerado. A cada rato la mara le “tenía que prender la luz”. Andaba haciendo el viaje de todos pero al revés, de Guatemala a El Salvador. En las largas charlas con él, recuperando las historias de sus ancestros recuperó el español, porque no hubo escuela para los “repatriados”.

Miedo tuvo Fredi cuando llegó a El Salvador. Dice que fue como si llegara a Marte. No entendía nada. Cuando se fue a vivir a San Jacinto, un barrio obrero que reproduce la geografía de las pandillas de Los Ángeles, sur contra norte, oeste contra este, MS contra la 18, sintió que no entendía nada; había árboles por todos lados, casas muy pobres de lámina, perros callejeros. Un mundo que para un exestudiante de Belmont y perteneciente a una oleada exitosa de inmigración, era la otredad total.

Lo más duro fue saber que su cuerpo no le pertenecía. Durante las visitas a la comisaría era sometido a interrogatorios, sus tatuajes eran revisados por psicólogos, sus huellas digitales aparecían en una ficha que decía “altamente peligroso”; le hacían exámenes médicos, tomaban muestras de orina para controlar el consumo de estupefacientes. Le daba vergüenza volver con Nayeli después de esas sesiones, se sentía desnudo en esa nueva geografía que controlaba sus pensamientos y su cuerpo. Pero aprendió a lidiar con ello, a engañar a psicólogos y policías, a decirles lo que querían oír. Fredi supo que cuantas más veces muriera su papá en el monte y

más veces repitiera que sus tíos estaban ocupados labrándose una historia en los “iunaites” y que a él, ni lo pelaban, más felices eran los psicólogos y más pronto lo dejaban ir. Fredi se desdobló en dos personajes: la víctima que actuaba ante los adultos y las autoridades, y el veterano endurecido a punta de puyasos y vergueos, el homie leal y entero, probado en el campo de batalla.²

Guillermo se moja la cara para sacudirse los temores. Sabe que tiene pocas opciones y que de ésta no lo salva ni su edad. Pero no se vale aceptar ningún temor, él es el duro entre los duros, y en las películas anticipadas que se contaba a sí mismo sobre su propia muerte se veía cayendo interceptado por las balas de la policía, heroico, sangrante, silencioso, sabio. Nunca Guillermo se preparó para ser capturado, para ser sometido a la vejación de una pinche psicóloga buena onda que llenaba papeles al tiempo que le daba palmaditas en la pierna, como diciéndole “yo te entiendo”; no se imaginó que en el centro de detención para menores, los más pequeños lo iban a erigir en árbitro de sus peleas, a él, semejante veterano, lugarteniente del mismísimo señor, desde que a los 14 años se enroló en las filas de los soldados del narcotráfico, desesperado y convencido de que todo otro camino estaba cerrado para él. A los 13, Guillermo había dejado la secundaria por un problema con un maestro con el que terminó agarrado a golpes: que le quitó su cuaderno de *graffittis* y un aerosol de su mochila, dijo el niño en su defensa; que traía un arma y drogas, dijo el maestro a la policía. Fue su primera vez en el tute. Ahora, esperando la visita de su madre. “Qué humillación, piensa Guillermo,

2. Entrevista realizada por Rossana Reguillo en noviembre de 2005. El texto corresponde a una crónica realizada en colaboración con Cristián Alarcón (trabajo en proceso).

qué jodida la vida que lo obligaba a aceptar el papel de un ‘menor inadaptado’, como decía la psicóloga buena onda. Qué terrible no poder morirse como corresponde, sacando el cuerpo a la intemperie, peleando hasta el último aliento, perdiéndose en una cortina de puro plomo macizo, como Macizo era su apodo, su nombre de batalla”. Guillermo tenía miedo de no estar a la altura de los relatos de su propia muerte que propagó por el barrio y sí, muy allá, en el fondo, tenía miedo de su mamita, porque estaba seguro de que ella hubiera entendido mejor su muerte, que este exilio pendiente que lo condenaba a una culpabilidad incómoda y muy poco, poquísimamente, heroica.³

“La frenética búsqueda de identidad no es un residuo de los tiempos de la preglobalización, aún no totalmente extirpado, pero destinado a extinguirse conforme progresa la globalización”, dice Bauman (2001: 175), y al contrario, añade, “... es el efecto secundario y el subproducto de la combinación de las presiones globalizadoras e individualizadoras”. De manera absolutamente contundente, concluye: “... las guerras de identificación son un vástago legítimo y compañero natural de la globalización y, lejos de detenerla, le engrasan las ruedas”.

Quisiera inscribir los tres “relatos” aquí narrados —que provienen de distintas etapas de mi trabajo etnográfico—, justamente en lo que Bauman llama la “frenética búsqueda” de la identidad en tiempos globales, porque esta perspectiva permite, por un lado, trascender algunas visiones culturalistas con las que se tiende a pensar la identidad, visiones cuyo principal problema es el de concebir la identidad como una cuestión supraestructural, desvinculada de las posiciones objetivas de

3. Entrevista realizada en febrero de 2005.

los actores sociales, un “plus” que añade “valor” a estos actores; por otro, romper con aquellas visiones positivistas que tienden a pensar la identidad como una “excrecencia”, como un lastre que debía ser liberado por la modernidad. La perspectiva que me interesa sostener es que la identidad social no puede entenderse ni analizarse al margen de las condiciones objetivas que la hacen posible, y aunque sea deseable deshacerse del pesado fardo intelectual que nos han legado distintas esencializaciones de la identidad, ella se constituye en un horizonte, marco y dispositivo clave para entender las transformaciones que se están operando en la escena social y su relación con las dimensiones subjetivas a través de las cuales los jóvenes dotan de sentido a la realidad.

Así, Karla, Fredi y Guillermo o el “Macizo”, constituyen identidades juveniles al límite: una joven mujer, gótica y subempleada; un marero salvadoreño, preso, y un joven de 17 años acusado de asesinato y “delitos contra la salud”. Se trata de tres jóvenes muy distintos entre sí, pero que comparten cuestiones de fondo.

La primera encontró entre la comunidad “darki” o “gótica” un espacio de identificación y pertenencia, que dio salida a la ausencia de sentido sobre lo que le sucede en un movimiento que asimila la muerte (como algo deseable). El segundo joven, Fredi, encontró en la mara, no sólo un espacio de identificación y pertenencia, sino una verdadera familia que lo acoge cuando todos los dispositivos institucionales fallan y que asume la muerte como parte inherente a una vida de violencias que lo persiguen desde los seis años. Finalmente, el “Macizo” encontró respuestas en el oscuro mundo del narcotráfico y del crimen organizado, donde halló los recursos que en otras partes escaseaban y que se arroga la muerte como un derecho incuestionable.

Las tres biografías (de las que reproduzco sólo un pequeño fragmento), están atravesadas por la ausencia de instituciones “tradicionales”, ¿normales?, aceptadas. En los tres casos hay un abandono

temprano de la escuela,⁴ por crisis económica, por una “opción por la violencia”, o porque la familia es incapaz de sostener al joven en esta institución. En los tres, hay un profundo desencanto frente a las “ofertas” sociales, y lo que resulta diferente son las “salidas” que los jóvenes buscan y encuentran a un problema que deja de ser individual cuando, en los colectivos de refugio, se topan con muchos y muchas como ellos, expulsados, exilados, prófugos de la precariedad.

Pero quizás lo más significativo de estas biografías que emergen en el contexto del neoliberalismo predador y del agotamiento de las respuestas institucionales, es lo que quisiera llamar la aceleración de la *desafiliación* y su rostro político, la desinstitucionalización. Es decir, no vale o no es pertinente acudir a la explicación psicologista o biopolítica que tendería a encontrar en estas “biografías” el quiebre de la identidad individual o la explicación en la portación de “genes defectuosos”. El problema es mucho más complejo y es estructural. Estos jóvenes “hablan” de los muchos, de unas “identidades” que colapsan en el circuito aceitado de lo considerado normal o aceptable, pero que buscan, más allá de esos límites, estrategias de sobrevivencia.

El vaciamiento de lo público genera una tendencia —especialmente en los sectores menos favorecidos— a ir desmarcándose de instituciones, asociaciones, pactos sociales, normas de civilidad, normas ciudadanas. Ello provoca, por un lado, una respuesta muy caótica, sincopada y, por otro, formas organizativas que tienden a una altísima regulación —no siempre simbólica—, que precisamente al ofrecer y garantizar un “programa” claro, reglas simples —por más duras

4. Según los datos arrojados por la Encuesta Nacional de la Juventud 2005, el 37.5% de los jóvenes mexicanos abandona la escuela entre los 15 y los 17 años, y el 42.4% señaló como la razón principal para dejar la escuela que “tenían que trabajar”.

que sean—, objetivos nítidos y, sobre todo, una opción de futuro, se configuran en alternativas seductoras y deseables. Me refiero con esta última a la creciente adscripción juvenil a las sectas, a las neoiglesias, al retorno y reconfiguración de las bandas, clicas o pandillas juveniles, al crimen organizado, donde destaca principalmente el narcotráfico.

Por ejemplo, podríamos citar aquí el caso de la escuela con relación al narcotráfico. En un contexto en que aquélla se ha ido convirtiendo en rehén de los discursos de la “comodificación” y de la competitividad, y que al mismo tiempo sigue reproduciendo su discurso de “único” mecanismo para la movilidad social a costa del esfuerzo personal y de la entrega sin condiciones a sus propuestas, el narco atisba el horizonte, se “hace cargo” de la crisis y promete llegar más rápido, con menor esfuerzo.

En México, por ejemplo, la ENJ 2005 (Reguillo, 2006) mostró que el 42.4% de los jóvenes dejaron los estudios para tener que trabajar; mientras que el 29.0% dice haberlo hecho porque ya “no le gustaba estudiar”; y apenas el 17.0% señaló, como razón, la finalización de sus estudios; en un dato digno de ser tomado en cuenta, sabemos que el 12.1% dejó de estudiar “porque sus padres ya no lo permitieron”. Llama la atención el porcentaje tan importante que, en el rango de edad que va de los 12 a 14 años de edad, señala como razón para abandonar los estudios, el que “ya no me gustaba estudiar” (57.5%). Ello estaría indicando, con las precauciones que hay que tener en el modo como los jóvenes contestan una encuesta, que más allá de las dificultades estructurales la escuela se muestra cada vez menos capaz de interesar y retener a los jóvenes.

A estos datos hay que añadir el hecho del peso de las decisiones familiares en las biografías juveniles. Por ejemplo, citando la misma encuesta, encontramos que la decisión de que el joven entrara a trabajar corresponde en el 48.2% de los casos a la familia, mientras que la

decisión autónoma del joven representa el 25.6%. Si desagregamos los datos por “pertenencias” socioeconómicas, éstos se vuelven elocuentes: mientras que el 57.1% de los jóvenes de los estratos medios-altos toma esta decisión por sí mismo, el porcentaje de los que lo hacen en los sectores más desfavorecidos representa el 22%. Esto significa que la posición en la estructura social tiene un papel determinante en la autonomización de los sujetos juveniles.

Karla, Fredi y Guillermo se han visto obligados a sumarse, de manera temprana, a los circuitos “productivos”: en el caso de Karla, todavía en los ámbitos “formales”, pero terriblemente precarizados; los dos varones, una vez expulsados de la dinámica formal, optaron por los circuitos ilegales e informalizados. Lo que quisiera enfatizar es la doble problemática que esto representa para la escuela. Por un lado, es claro que ella no existe al margen de los contextos precarizados, y que su poca capacidad de interpelar los imaginarios juveniles en torno a sus “ventajas” no puede reducirse a una “falla” atribuible directamente a la propia institución, ya que por más esfuerzos que se hagan, la disminución del Producto Interno Bruto (PIB) de los países latinoamericanos destinado al rubro educación marca un límite claro, aunque esto no debe significar un abandono de la crítica a la escuela, ni una justificación de sus propias contradicciones y agotamiento. Pero, por otro lado y quizás de manera más dramática, el mecanismo bidimensional que se establecía entre la familia y la escuela, como espacios de continuidad en la atribución de “valor” a la formación, está colapsado, y hoy entran en escena “nuevos” discursos, como el de las industrias culturales y su enorme capacidad de diversificar y desregular las ofertas de adscripción identitaria, o el caso del narcotráfico ya citado. Es decir, los límites estructurales que expulsan a los jóvenes de la escuela, del trabajo, producen un “vacío” de sentido, de legitimidad, de dirección, que es llenado rápidamente por discursos

imaginarios y prácticas difíciles de contrarrestar desde los discursos tradicionales.

A ello se suma lo que algunos autores (Bauman, Beck, Giddens) llaman la “precariedad biográfica del yo”, concepto cuya utilidad es señalar la enorme responsabilidad que se está depositando en los individuos (en los jóvenes) a contravía de las instituciones. Hay en la atmósfera una lógica instalada que tiende a “culpabilizar” a los sujetos individuales de la precariedad de sus propias vidas. En mi propia investigación he podido constatar de qué manera jóvenes de diversos estratos sociales asumen, como carencia propia, como problema de “aspecto”, de “estilo”, de “disposiciones” y de “capital”, las dificultades para insertarse —incorporarse— a la sociedad.

Muchos jóvenes asumen con pasmosa aceptación “su” fracaso escolar, “su” imposibilidad de acceder a los circuitos formales del mercado, “su” precaria condición, en primera persona del singular.

2. Precarización y contingencia (“nada a largo plazo”)

Esta asunción en primera persona de la situación que experimentan encuentra su contrarrelato en los felices cantos a la flexibilización laboral.

En su extraordinario libro *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Richard Sennet (2000) señala que el signo más tangible del cambio en las maneras de organizar el tiempo y, en especial, el tiempo del trabajo, es el lema “nada a largo plazo”.

Esta expresión, utilizada por ejemplo en *ATT*, condensa y metafórica la envergadura de las transformaciones que hoy enfrentan las nuevas generaciones. Sabemos que las trayectorias y las biografías estables ya no son posibles en un mundo que asume que todo es contingente.

La cuestión estriba en indagar qué tan precaria puede devenir la contingencia y cuál es el impacto de estas “eventualidades azarosas” para los jóvenes.

“Nada a largo plazo” puede representar una bandera que, en principio, resultaría liberadora, impugnadora de la “jaula de hierro” weberiana, siempre y cuando esa expresión sea “voluntaria”, es decir, asumida como decisión propia. Lamentablemente, todos los indicadores señalan que la erosión en el “largo plazo” —al que quisiera entender aquí como el pacto que establece un individuo con la sociedad para garantizar su inserción e incorporación a la dinámica social—, es una consecuencia no buscada y derivada de las tensiones y transformaciones de la nueva sociedad del trabajo.

Desempleo, subempleo, informalidad, trabajo precario, temporal, representan el horizonte para numerosos jóvenes que ven mermadas sus posibilidades de ser incluidos en la sociedad. Según datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el trabajo informal urbano en la región pasó del 43% en 1990 al 48.4% en 1999, y sigue aumentando. Por su parte, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) señala que aproximadamente el 85% de todas las nuevas oportunidades de empleo en el mundo se crean en la economía informal. La cuestión es preguntarse si estos datos apuntalan el imaginario de una sociedad “liberada”, o de una sociedad que no logra resolver la inclusión de sus nuevos miembros. Queda claro, a través de los indicadores, que la exclusión creciente de las nuevas generaciones de la dinámica productiva no habla de una liberación social y, por el contrario, indica que, cada vez más, este eslogan del “nada a largo plazo” obtura la mirada crítica sobre la exclusión creciente.

A finales de la década de los setenta, la exclusión —como concepto— nombraba a aquellos que quedaban fuera de la dinámica social en función de “desventajas personales”, es decir, la exclusión

“calificaba” al individuo en su relación con la sociedad.⁵ La trampa de este uso —que persiste hoy en ciertos sectores— salta a la vista, como he tratado de mostrar.

No hay manera de eludir que la exclusión debiera calificar a la sociedad como un sistema sociotécnico que expulsa hacia los márgenes, que gestiona la desincorporación o la “desafiliación” mediante los mecanismos de la llamada “flexibilización”. En 1993, en la región, la tasa de desempleo juvenil era del 12.4%; para 2003, esta misma tasa era del 16.6%, con una variación porcentual del 33.9% (OIT, 2004).

En este contexto cuál es el papel que está jugando la familia. Todos los datos apuntan a que para los jóvenes ella se ha convertido, aceleradamente, en el espacio de contención de la crisis.

En México, en la ENJ 2005, ya citada, al ser interrogados los jóvenes sobre los espacios y las relaciones más importantes para ellos, se muestra que los tres ámbitos principales los constituyen la familia (87.0%), el trabajo (66.2%) y la escuela (61.4%); esta última con una diferencia mínima porcentual con relación a la pareja (60.8%).

Pero por otra parte, si se interrogan aquellos ámbitos o esferas que proveen de satisfacción a los jóvenes, resulta interesante observar (tomando los valores máximos, es decir, muy satisfechos) que la familia se convierte en la institución mejor evaluada (46.8%), seguida muy de lejos por la escuela (25.7%) y la pareja o novio (23.1%); mientras que lo que menos satisfacción genera es la propia situación económica (13.4%) y el trabajo (14.7%).

Hay que resaltar aquí que la familia alcanza su mayor porcentaje de satisfacción entre los jóvenes de los estratos más favorecidos, mientras que resulta menos satisfactoria para los jóvenes de las localidades

5. Véase el interesante análisis sobre las transformaciones de la noción de exclusión que desarrollan Boltansky y Chiapello, 2002.

semiurbanas y los más pobres, lo cual no deja de resultar problemático en cuanto que para ellos la familia es un referente fundamental. La distancia declarada entre la importancia que los jóvenes le otorgan y la satisfacción que dicen experimentar hablan de un desajuste que obliga a problematizar ciertas visiones romantizadas que ven en la familia el “último reducto” frente a la crisis. Indudablemente ella está jugando un papel central, pero es importante interrogar este papel de manera multidimensional.

Los indicadores disponibles muestran que, cada vez más, la edad de salida del hogar se está posponiendo, y sabemos que, por ejemplo, en México, el 84% de los jóvenes de 12 a 29 años de edad contribuye económicamente al sostenimiento de su casa parental, lo cual no es un dato menor. Por otro lado, la investigación etnográfica me permite afirmar que se está produciendo un retorno “medieval” de la familia como unidad empresarial de producción de subsistencia, como núcleo laboral en el que cada miembro aporta, muchas veces, alrededor de mecanismos informales, en el que participan todos los miembros, desde los adultos hasta los niños.

La informalización de las redes para la subsistencia es un hecho evidente: la familia, en primer término, los amigos y la comunidad más inmediata como redes y dispositivos para la producción y el consumo. Se puede citar, como ejemplo, el caso del mercado pirata. En la ciudad de México, en una zona conocida como “Tepito”, hay almacenes de mercancías piratas (películas, música, aparatos) que son administradas por la familia nuclear y extensa, donde los jóvenes juegan un papel central en la comercialización. O el caso de las llamadas “narcotienditas”, en las que la madre efectúa la venta al por menor de la droga que los hijos negocian en los circuitos más “profesionales”. Y pueden seguir ejemplos menos ¿dramáticos?, donde la familia sobre-

vive con la producción y la comercialización de comidas populares (maíz, papas, etc.), o las que se organizan alrededor de la basura.

No es posible asumir entonces una posición de superioridad moral frente a las biografías de Karla, Fredi, Guillermo que, a mi juicio, metaforizan de una manera extrema el malestar profundo y la crisis de fondo que sacude el piso en el que muchos, miles, millones de jóvenes, en la región, están configurando sus identidades.

3. Desafíos

Si algo caracteriza a los colectivos juveniles insertos en procesos de exclusión y de marginación es su capacidad para transformar el estigma en emblema (Reguillo, 1991), es decir, hacer operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas; por ejemplo, la dramatización extrema de algunos constitutivos identitarios como el lenguaje corporal, o la transformación a valencia positiva del consumo de drogas como prueba de “virilidad” y desafío, o la opción por la violencia como marca de prestigio.

Todos estos elementos apuntan a una inversión simultáneamente lúdica y dramática de los valores socialmente dominantes. No obstante, es importante analizarlos en sus arraigos empíricos, lo que permite captar los diferentes planos de expresión, y comprender, con rigor, las múltiples articulaciones que están dando forma a las configuraciones identitarias de los jóvenes en su ineludible vinculación con el resto social.

Resulta fundamental añadir un “nuevo” frente de desigualdades que se están traduciendo en diferenciaciones identitarias (y no al

revés), que es el de la eufemísticamente llamada “brecha digital”, que está condenando a un importante número de jóvenes a formas de exclusión cultural.⁶

Como una hipótesis interpretativa, me gustaría terminar planteando que llego a la conclusión de que estamos frente a dos juventudes: los “desconectados y desiguales” (parafraseando a García Canclini), que pese a su desencanto tienden a refugiarse en las certezas que arroja el grupo familiar y la comunidad, a mostrarse más confiados en lo que podría llamarse “capital humano”; y los favorecidos y ya incorporados, que parecen fundamentar sus certezas en los beneficios que aporta la conexión al mundo globalizado. La diferencia se vuelve evidente: soportes privados, contingentes, informales, frente a soportes “institucionalizados” y regulados.

Los jóvenes no están “fuera” de lo social; sus formas de adscripción identitaria, sus representaciones, sus anhelos, sus sueños, sus cuerpos, se construyen y se configuran en el “contacto” con una sociedad de la que también forman parte. Bourdieu dijo que “la juventud no es más que una palabra”; lamentablemente los signos contemporáneos parecen indicar que ese “sustantivo”, como lo llamaría Borges, se convierte aceleradamente en la acumulación de adjetivos excluyentes.

6. En México, el 77% de los jóvenes de estrato medio/alto posee computadora, mientras que entre los de estratos socioeconómicos muy bajos la cifra es del .5%. en el nivel nacional; los jóvenes con acceso privado a Internet son el 20.2%, cifra que baja a 5.7% en el estrato bajo y a .4% en el muy bajo.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra, 2001.
- Boltansky Lüc y Eve Chiapello. *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.
- CEPAL. *La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*, Santiago de Chile, CEPAL, 2004.
- García Canclini, Néstor. *Diferentes, desconectados y desiguales. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- Organización Internacional del Trabajo. *Tendencias mundiales del empleo juvenil*, Ginebra, OIT, 2004.
- Reguillo, Rossana. “Legitimidades divergentes. Prácticas e imaginarios juveniles”, en José Antonio Pérez Islas y Mónica Valdés (coords.). *Encuesta Nacional de Juventud 2005*, México, SEP/IMJ, 2006.
- . *En la calle otra vez. Las bandas juveniles. Identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, ITESO, 1995, 2a. ed. corregida y aumentada.
- Sennet, Richard. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara